

Habian trascurrido ya tres dias: impaciente la reina de saber el resultado de su enorme crimen, antes de mandar enterrar la caja quiso ella misma, acompañada de sus cómplices, abrirla para cerciorarse de la muerte de su víctima.

Cual fué la sorpresa y asombro, así de la reina como de las damas que la acompañaban, al hallar que Beatriz, lejos de haber muerto, se encontraba sin atadura alguna, sin venda en los ojos, con la sonrisa en los labios y con un semblante, si cabe más hermoso y encantador que antes; no es posible describirlo.

Al verla, la reina exclamó «¿como has podido vivir, despues de tres dias que te encuentras ahí encerrada?»

É incorporándose Beatriz, respondió con dulzura: «Ignoro, señora, el tiempo que he estado aquí y tampoco sé cómo me metieron en esta caja: lo que si sé es que, al volver en mí, despues de la turbacion que sufrí en vuestra presencia, halléme atada de pies y manos y oprimida por todas partes; la venda que cubria mis ojos me privaba tambien la respiracion. Al verme en tal estado imploré de corazon el poderoso auxilio de mi buena celestial Madre la purísima Vírgen Maria, bajo el dulce título de su Inmaculada Concepcion.

«Apenas habia acabado mi plegaria, yo no sé lo que pasó en mi: de repente quedé libre de piés y manos, respiraba tranquila, parecia que la estrecha caja se dilataba extraordinariamente, y una luz, más hermosa que la del sol, rodeándome, dejóme ver el cuadro más hermoso que pueden admirar los cortesanos celestiales. La misma santísima Vírgen se dignó visitarme y consolarme: iba con un vestido más blanco que la nieve, y un hermoso manto azul celeste con encantadora gracia cubria sus hombros